

ZONA DE OLVIDO de Leonor Azcárate

Estela Leñero Franco

Leonor Azcárate siempre nos ha sorprendido. En cada obra de teatro que ella escribe, crea un universo. Y sus universos son múltiples: puede indagar en la profundidad del individuo; o hablar sobre personajes de los bajos fondos; puede reírse de nosotros en situaciones absurdas; investigar con diferentes estructuras dramáticas; incorporar la música en obras infantiles o en obras concierto; llegar al absurdo o quedarse en el realismo. Su conciencia dramática es lo que guía su escritura y lo que hace, surge profundamente de un concepto escénico complejo y polifacético. Aunque también escribe cuento, su teatro deja de ser narrativo y convierte a la situación dramática y a la presencia del espectador en piezas determinantes para su propuesta.

En la obra dramaturgica de Leonor las estructuras siempre son un reto. Con ellas trabaja y se pregunta. Ha recurrido a la problemática de la memoria o a la del encierro. A lo largo de su carrera ha investigado diversas formas en diferentes géneros. En comedia, por ejemplo, está su obra *La coincidencia* donde en un mismo departamento suceden dos historias simultáneas. Son dos parejas, cada una en su departamento pero escénicamente todo se desarrolla en un solo espacio: comparten la cama, sin encontrarse, la mesa o un escritorio como si fueran departamentos distintos. También se puede divertir y lanzar mensajes de solidaridad como en sus obras infantiles *“Una nariz muy larga y un ojo saltón* o *Fauna rock* –dirigida por

Amanda Obregón primero y por ella después donde su hija Mariana hacía el personaje de la ardilla. Ha abordado problemas sociales, el SIDA por ejemplo, como en *Pasajero de medianoche* que la dirigió Martha Luna en la Sala Covarrubias de la UNAM. Y en las obras *Trabajo sucio*, dirigida por Enrique Pineda en el Foro Shakespeare y *Las alas del poder*, bajo su dirección en el Foro de la Conchita, incursionó abiertamente en temas políticos y económicos.

Zona de olvido, que ahora publica el Gobierno del Estado de México, es una obra que tiene de fondo los acontecimientos de la guerra sucia en los setenta, pero que en un primer plano se encuentra la problemática de la identidad, a través de la pérdida de la memoria. Si bien es cierto que al hablar de temas políticos en teatro, es inevitable trabajar los conflictos individuales ya que el teatro existe únicamente por la convivencia de los personajes en un escenario: no hay narrador, ni filosofías abstractas, ni pensamientos descarnados; Leonor Azcárate logra en *Zona de olvido* la coexistencia de lo personal y lo político de una manera ejemplar. Aparentemente la situación dramática se centra en el problema de los personajes ubicados en una zona abandonada de la mano de Dios, que se preguntan sobre si su pasado, que no recuerdan, determina su presente. Pero precisamente, es en ese pasado donde se encuentra la denuncia; el deseo de subrayar que la impunidad de nuestra sociedad ha permeado la existencia de los individuos; que la guerra sucia, que se ha querido olvidar, está presente.

Inteligentemente, Leonor Azcárate ubica el tema político en el problema de los personajes (recordar su pasado), pero en realidad el

problema de los personajes no es la guerra sucia sino sus conflictos de identidad. El protagonista es un escritor al que visita su esposa. Él asume esa situación pues como ha perdido la memoria supone que así es. Ella lo visita y se conflictúa porque él no la recuerda, y aunque él se mantenga aislado de los demás, ella le pide que escriba, escriba y escriba, en particular lo que sucede con su compañero de pabellón, el señor Allen, quien conversa con Rolo, un joven que lee revistas y de tanto leerlas, se cree el chofer de Lady Di.

A través de sueños y apariciones, se descubren ráfagas del pasado de los personajes y el lector/espectador se da cuenta, al mismo tiempo que el señor Allen, que él fue un militar torturador en la guerra sucia. No tiene cargos de conciencia, aunque se lo insinúen; no está seguro de serlo, pero Paula que visita al que dice ser su esposo, quiere tomar cartas en el asunto. El desenlace es sorpresivo, y aquí no toca contarlo. Los giros dramáticos se van dando a lo largo de la obra, pero el giro final transforma a los personajes y nos devela realidades que no hubiéramos imaginado.

En *Zona de olvido*, el espectador se convierte en el investigador de la historia. Es el que ata los hilos, hace deducciones y va descubriendo verdades a medias. Se mueve en arenas movedizas; duda si lo que ve es real o una construcción de la realidad.

Es interesante observar cómo el espectador nunca está por encima de los personajes. La autora logra penetrar en cada uno de ellos y mostrarnos su realidad desde “sus” perspectivas. No hay un ojo sabelotodo que nos conduce, y el universo planteado se enriquece al manejar el plano personal y el político. Lo político, al ser tratado de

manera tangencial nos queda en el inconsciente como una sensación de impunidad, de que la memoria histórica tiene amnesia, como los personajes.

Pero la mayor fuerza de la obra radica en la complejidad desarrollada alrededor del problema de identidad e invita al espectador a identificarse, a preguntarse acerca de los personajes y de su vida misma y trascender su individualidad: ¿Qué pasa cuando hemos perdido la memoria y queremos recordar? ¿Tenemos un pasado o alguien nos lo impone? ¿Es real o es inventando? ¿Y cuando esos recuerdos nos incriminan?

Zona de olvido es una obra para no olvidar y paradójicamente también nos invita a olvidar y buscar en nuestro interior nuestro verdadero ser. Aparentemente los personajes están alejados de nuestra realidad, viven en el pabellón de un hospital, en un refugio, en un lugar aislado donde los pacientes comparten ese mal y son atendidos por una enfermera. Pero simbólicamente el espacio que Leonor Azcárate nos plantea es un lugar abstracto, en blanco, como el instante donde sentimos que hemos olvidado todo. La autora dice: “es como cuando decimos que se nos puso la mente en blanco”. El blanco impera y lo único que está impregnado de color son las escenas oníricas, los sueños, las alucinaciones. Eso es lo único que pinta nuestra mente, ¿pero realmente nos dicen quiénes somos?

Finalmente *Zona de olvido* aborda un tema social, pero se nos incrusta en el cuestionamiento sobre nuestra existencia. ¿Soy lo que soy?, ¿soy mi pasado?, ¿dejo de ser al faltarme mis recuerdos? Y lo que recuerdo ¿es realmente mío?, ¿es verdad? ¿Cuál es mi verdad?

Presentación del libro en el Palacio de Minería, México, el 26 de febrero de 2010